



OCEANUM

JUAN MIGUEL AGUILERA
RAFAEL MARÍN

edebé

periscopio

OCEANUM

JUAN MIGUEL AGUILERA
RAFAEL MARÍN

OCEANUM



edebé

© Juan Miguel Aguilera, 2012
© Rafael Marín Trechera, 2012

© Ed. Cast.: edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Diseño de cubiertas: César Farrés
Fotografía de cubierta: Juan Miguel Aguilera

1.^a edición, febrero 2012

ISBN 978-84-683-0401-4
Depósito Legal: B. 32173
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1430	7
Capítulo uno	11
Capítulo dos	22
Capítulo tres	32
Capítulo cuatro	40
Capítulo cinco	48
Capítulo seis	53
Capítulo siete	62
Capítulo ocho	69
Capítulo nueve	78
Capítulo diez	87
Capítulo once	95
Capítulo doce	103
Capítulo trece	110
Capítulo catorce	121
Capítulo quince	127
Capítulo dieciséis	135
Capítulo diecisiete	143
Capítulo dieciocho	152
Capítulo diecinueve	162
Capítulo veinte	172
Capítulo veintiuno	184
Capítulo veintidós	193
Capítulo veintitrés	202
Capítulo veinticuatro	211

Capítulo veinticinco	221
Capítulo veintiséis	229
Capítulo veintisiete	236
Capítulo veintiocho	248
Capítulo veintinueve	259
Capítulo treinta	268
Capítulo treinta y uno	279
Capítulo treinta y dos	286
Capítulo treinta y tres	297
Capítulo treinta y cuatro	306
Capítulo treinta y cinco	318
Capítulo treinta y seis	332
Capítulo treinta y siete	339
Capítulo treinta y ocho	351
Capítulo treinta y nueve	360
Capítulo cuarenta	368
Epílogo	380

El mar era un bosque de juncos. La flota parecía un gigante silencioso, la mancha de un dragón múltiple que nadara sobre las aguas. El lamido de las olas y las ráfagas de viento eran absorbidos por las quillas, las velas y las jarcias, o quizás llevaban tanto tiempo navegando que los tripulantes se habían acostumbrado ya a la leve insistencia del sonido como se habían hecho al suave tambaleo de las cubiertas. Ocupaban tanto océano que desde la nave capitana, de Babor a Estribor, no se veía el horizonte.

El almirante se alzaba en la cubierta de la nave insignia, escrutando la noche, tratando de reconocer en la oscuridad aquello que le había quitado el sueño y le había impulsado a subir al castillo de proa. Los pilotos buscaban desesperadamente en el cielo estrellas y constelaciones que estuvieran reseñadas en el *Wu Pei Chi*, «El Arte de Navegar», donde estaba contenida toda la sabiduría acumulada por los navegantes imperiales durante décadas: la posición de los astros, las marcaciones, las islas, bahías y arrecifes que podían encontrar en su ruta.

Pero ahora se hallaban en un mar remoto y desconocido, situado a muchos *li* de China, el país de origen de la Flota del Tesoro, y hasta la más pequeña rizadura del mar parecía contener una amenaza desconocida. Aunque nada en la temperatura de las aguas, ni en las tonalidades del cielo, ni en el soplo de los vientos o la luz de las estrellas aconsejara lo contrario, el instinto de navegante le decía al valeroso almirante *tàijiàn* que algo extraordinario iba a suceder esa noche, de un momento a otro.

Sabía que no se trataba solo de su ansiedad. Después de haber recalado en costas extrañas y superado galerías, después de haber sobrevivido a tifones y a nubes de mosquitos, después de haber conquistado puertos remotos y liberado ciudades sin nombre pronunciable, después de haber perdido el rumbo y haberlo encontrado miles de veces, la flota y su almirante tenían en su pasado inmediato más aventuras y más historias de las que ningún hombre pudiera haber soñado en cinco vidas.

Desde que la gran flota zarpó de China, y dejó a popa el mar Amarillo para abrir nuevas rutas que los llevarían hasta los remotos confines del mundo, habían conocido a hombres de piel oscura, a nativos de piel blanca, a salvajes y a sabios, a hechiceros y a artistas.

Habían recorrido los océanos y explorado el mundo, consiguiendo especias, dádivas, obras de arte y recetas mágicas, libros y consejas. Incluso habían entregado al emperador un extraño animal de cuello imposible, una rareza de la naturaleza que los eruditos de la corte habían considerado unicornio, aunque el almirante dudaba que lo fuera.

Nunca el mundo del hombre había visto una flota como aquella, nunca tantos barcos habían desplegado sus velámenes por aguas desconocidas, descubriendo tierras, explorando rumbos, llegando siempre un poco más lejos.

Pero jamás habían llegado tan lejos como ahora, hasta tal punto que las estrellas ya no podían servirles de guía, porque eran tan desconocidas como las lenguas de algunos de los pueblos que habían encontrado en sus periplos.

Las noticias del imperio les llegaban a bordo de pequeños barcos de enlace, con muchos meses de retraso, pero ya sabían que Hongxi, heredero del viejo emperador, había muerto, y un nuevo emperador, Zhu Zhanji, conocido por Xuande, más impetuoso, menos rendido a la admiración de unicornios y tesoros, ocupaba ahora el trono celeste.

El instinto, aquel viejo compañero que tantas veces había salvado la vida al almirante y a sus hombres, le indicaba que los días de aventuras y misterios estaban a punto de quedar atrás.

De ahí esta última aventura. De ahí este último rumbo tan ignoto. La Flota del Tesoro llegaría adonde la imaginación de reyes y magos no podía soñar siquiera, y volvería con nuevas dádivas, con perlas y rubíes y especias de colores desconocidos.

Luego, si llegaba la inevitable noche y el olvido, el almirante tàijìàn y sus hombres sabrían que habían sido capaces de lograr lo que nadie había logrado antes.

El olor del mar cambió de pronto, hasta convertirse en una amalgama insoportable de algas y de sales.

La luna desapareció del cielo.

Una por una, las desconocidas estrellas se apagaron.

Los barcos cabecearon, y de uno a otro, por medio de señales con fogatas y espejos, con cuernos y campanas, se repitió la orden que el almirante indicó a su contramaestre con un gesto, la acción que tantas veces habían ejecutado en el pasado, cada vez que el peligro había rondado a la flota.

—¡Dispersaos! ¡Dispersaos!

En la oscuridad de la noche, sin que del cielo cayera una sola gota de lluvia ni el viento se agitara, el fondo marino se llenó de un oleaje extraño, acompasado, como si en las profundidades resonaran un millón de gongs al mismo tiempo.

La estela de los barcos que intentaban alejarse unos de otros burbujeó. Como los juguetes de cuerda que el mismo almirante había regalado al emperador, la flota quedó atrapada en una corriente circular que los trasladó a Babor, un remolino que giraba y giraba llegó a desencuadernar las jarcias de alguno de los barcos.

Alrededor de la flota, una enorme ola blanca se convirtió en una extraña hilera de espuma, como los dientes imaginarios de una criatura de cuento.

El mareante movimiento cesó de pronto, y algo inmenso, monstruoso, que los empequeñecía como si fueran un puñado de barcos de papel, se levantó frente a ellos.

La flota de los dragones nadadores había encontrado al Gran Dragón.

AHORA

Capítulo uno

Era una piedra preciosa o un bicho muerto. El agua era tan transparente que podía ver perfectamente el fondo de la barrera de arrecifes, pero la refracción no me permitía calcular demasiado bien la distancia. Parecía al alcance de mi mano, pero sabía que tenía que estar más lejos de los tres metros de profundidad en los que me movía.

Di una brazada, expulsé unas cuantas burbujas por el *snorkel* y agité las aletas. Entre los corales y las algas, en la arena dorada, aquel bulto negro y ámbar seguía quieto, como si llevara allí desde el principio del tiempo. Parecía un juguete abandonado que no quería nadie, quizá porque no todo el mundo era capaz de sumergirse para rescatarlo.

Extendí la mano para intentar tocarlo y entonces, como si hubiera roto un encantamiento, el animal cobró vida. Fue como si hubiera intentado echarle mano a una mosca, pero debajo del agua. Igual que nuestros

movimientos deben resultarles lentísimos a los insectos, y por eso nos cuesta Dios y ayuda agarrar uno, en un elemento que no era el mío mis brazadas debieron alertar a la tortuga de lo que iba a hacer mucho antes de que yo supiera que iba a hacerlo.

Las patas, la cabeza, la cola diminuta salieron de la concha como impulsadas por un resorte, y sin hacer ningún otro gesto que indicara que sabía que yo me acercaba, ni siquiera intuyendo que me consideraba un peligro, la tortuga carey salió disparada, levantando una nubecilla de arena dorada que cayó a cámara lenta hasta el suelo marino. Por más que hubiera querido intentar alcanzarla, habría sido inútil. Solo pude ver cómo se alejaba de mí, como un torpedo viviente, hasta desaparecer entre el juego de luces y colores de la barrera de coral.

Regresé a la superficie justo a tiempo, porque ya empezaba a notar la falta de aire. Me quité las gafas de buceo antes de que se empañaran, y escupí agua del *snorkel*. Hora de volver a la orilla, al mundo de los ruidos y de la gente que no era capaz de vivir tan tranquila y serena como aquella tortuga. Además, llevaba ya en el agua un rato bien largo y tenía las yemas de los dedos arrugadas como pasas.

Nadé con las aletas, despacito, hasta que logré hacer pie. El sol en el cielo era un gigantesco globo dorado que nos miraba con paciencia inmisericorde. Me quité las aletas y caminé hacia la orilla, notando la camiseta blanca pegada contra el pecho. La usaba siempre que hacía *snorkel*, porque el sol que los turistas tanto apreciamos es un amigo falso que después no te deja

dormir si te quema todo el cuerpo. Cuando se alía con los mosquitos de una noche de verano, creo que no hay nada más espantoso en el mundo.

Un grupo de chavales mexicanos reían y trabajaban en la arena. Me pregunté qué estarían haciendo, desenterrando algo con palas. Llevaban camisetas de colores algo chillones con un escudo en la espalda que no pude distinguir, aunque no me pareció que fuera el de un equipo de fútbol. Eran chicos y chicas de diferentes edades, alguno quizá algo mayor que yo. Pensé que estarían jugando a los piratas, porque se les veía demasiado contentos y concentrados para estar retirando restos de alquitrán o alguna mina perdida de tiempos de Maricastaña, como vi hacer una vez (a los militares, eso sí) en una playa cerca de Tarifa, en el sur de España.

Cogían con mucho cuidado algo de la arena, sujetándolo con las dos manos, y lo metían en unos cubos de plástico. Me encogí de hombros. Lo mismo estaban recogiendo medusas o desenterraban las latas y los cascos de botellas que la gente desconsiderada suele dejar en la arena, a la espera de que las mareas las entierren para que luego puedan cortar los pies a los incautos. Leí una vez, en uno de esos periódicos gratuitos que regalan por las calles, que las argollas de las latas de refresco que la gente tira tan alegremente se cargan al año a miles y miles de peces pequeños; por eso, como me explicaron en clase, ahora ya se quedan sujetas a la lata, aunque siempre hay quien se dedica a arrancarlas y a contar las letras del abecedario, como si fueran los pétalos de una margarita, a ver si coincide con la inicial

del amor de tu vida. La gente es así de tonta, no creo que nadie tenga la culpa.

Una de las chicas del grupo, con ese sexto sentido que tienen todas las chicas guapas, alzó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron un momento. Tendría más o menos mi edad, y era una monada, la reina del instituto en una playa que parecía una versión en tres dimensiones de las postales de las agencias de viajes: el pelo muy negro recogido en una coleta, los pómulos marcados de princesa maya, los ojos muy rasgados y un tipazo capaz de quitarle el hipo a un ciego.

Nos miramos una fracción de segundo y en seguida aparté los ojos. Es un problema que tengo, qué se le va a hacer: soy tímido. Sé que hoy día no se lleva, pero me cuesta un rato relacionarme con las chicas de mi edad. Tendría una justificación si fuera un cuatro ojos y se me dieran maravillosamente bien los estudios, pero soy de lo más normal del mundo, hago deporte más o menos de manera regular, y mi trabajito me cuesta sacar notas medianamente decentes. Pero las chicas, no sé por qué, no son lo mío. Imagino que es una de las desventajas de ser hijo único.

Gonzalo no tiene esos problemas, ni creo que los haya tenido nunca. Gonzalo es mi tío. Guapo, atlético, despreocupado, algo indolente. Un caradura de buen corazón, el hermano menor de mi madre. Podría darle lecciones a James Bond de cómo ligarse a una chica y, mejor todavía, de cómo no quedar con ella como un crápula cuando llega el momento de decirle adiós.

Allí estaba ahora, en la tumbona, con una cerveza muy rubia y una alemana más rubia todavía. Gonzalo

no entiende alemán, que yo sepa, y la alemana, por lo que yo había oído, solo chapurreaba el español confundiendo nombres de jugadores de fútbol con la letra de algunas canciones, así que el mérito de mi tío era doble. No hablaban demasiado, ni yo me relacionaba demasiado con la chica (se llamaba Karin o Inga, no estoy seguro). Además, mañana o pasado mañana seguro que Gonzalo ni recordaría que existía: había tantas turistas en Yucatán como corales en la barrera.

Yo estaba pasando un par de semanas de vacaciones con mi tío por la crisis. No la crisis económica, no. La crisis del matrimonio de mis padres. A buenas horas. Dieciséis años después de casarse, les había llegado el cansancio, cosa que no me extraña demasiado porque entre trabajos, carreras, hipotecas y peleas por el mando a distancia las noches que cenábamos juntos tiene que ser una lata soportar las manías de otro.

Pero las apariencias son las apariencias, y la situación de deterioro se iba postergando mes tras mes, año tras año. Hasta que decidieron coger el toro por los cuernos: intentando rehacer su relación, parece que llegaron a la conclusión de que el que molestaba en casa era yo, que siempre estaba estudiando o charlando con los amigos por el Tuenti, y se habían tomado una especie de quincena sabática y se habían largado juntos a un crucero por las islas griegas, tratando de recomponer su matrimonio. Es lo que está de moda, según parece.

Mis padres estaban en una punta del mundo, mirando al mar (y yo no conozco a mi madre o estaría mareándose) y yo estaba en la otra, mirando a otro mar,

acompañado por el tarambana de mi tío que se había empeñado en ser mi maestro Zen. Decía que yo estaba un poco crudo (creo que es verdad, por cierto) y que tenía que espabilarme un poco. Así que me llevó consigo a la Riviera Maya, con la idea de que nos divirtiéramos juntos, yo practicara un poco de submarinismo y, si podía, colaborara con el Centro Ecológico que había allí mismo, ya que yo quería estudiar Ciencias del Mar en cuanto terminara segundo de bachiller y aprobara (con nota) la maldita Selectividad.

Para mi tío Gonzalo, ya digo, era fácil desenvolverse en ambientes hostiles. Dio el portazo en casa y dejó, con poco más de mi edad, de soportar las neuras del abuelo. Según cuentan, fue un dramón en toda regla. ¡Un hijo *hippie* cuando ya los *hippies* ni siquiera estaban de moda! Pero Gonzalo se echó a los caminos, se metió en medio millar de berenjenales, conoció mares y mundos y regresó un día a casa conduciendo un coche descapotable y con una argentina despampanante del brazo. Me trajo un montón de regalos (siempre dice que soy su sobrino favorito; claro, como que soy el único que tiene) y se convirtió en mi ídolo y mi gurú particular.

Me tumbé a su lado y comprobé que la Coca-Cola que había dejado antes de irme a nadar estaba ahora tan caliente que podía envenenarme si tomaba un sorbo. Bueno, ya vendría un camarero.

—¿Qué, has visto algún tiburón, Javier? —me preguntó mi tío.

—Solo peces de arrecife, a montones. Y una tortuga carey.

—¿María Carey? ¿Dónde está? ¿Y la legión de *paparazzi*?

—No, solo Carey, listo. Tienen unas conchas preciosas, pero por eso mismo están en peligro de extinción.

—Como casi todo. Cuando yo tenía tu edad, se llevaban los peines de Carey.

—Lo mismo es por eso que ya casi no quedan. Voy a la habitación a darme una ducha rapidita.

—No tardes. Ya hemos reservado mesa y después te enfadas cuando se acaban las ensaladas de pasta.

—No tardaré.

Dejé a Gonzalo muy entretenido con la alemana, subí a la habitación, me duché y me cambié de ropa. Cuando salí, ya estaba atardeciendo y toda la playa era una postal de tonos rojos.

Caminé siguiendo el senderito de piedras hasta llegar al comedor, que tenía una planta redonda y un techo cónico hecho con hojas de palmera. Al parecer, lo habían hecho siguiendo el trenzado de palmas típico que los nativos mayas utilizaban muchos años antes de que los españoles llegaran a estas costas.

Gonzalo no había llegado al comedor todavía, pero no lo vi en la playa. Como tenía hambre, decidí no esperar y me serví comida del bufé. Haciendo equilibrios para que no se me volcara nada, llegué a una mesa junto a la ventana y, mientras comía, vi que el grupito de chavales de las camisetas verdes seguía trabajando en la arena.

Estaba preguntándome qué demonios estarían haciendo cuando por fin llegaron Gonzalo y su amiga

vikinga. Ella soltó su bolso y sus gafas de sol y se fue derechita a los langostinos.

—Es guapa, ¿eh? —me preguntó Gonzalo, pico-teando sin disimulo mi propio plato.

Seguro que la rubia alemana tenía órdenes de traerle la comida.

—¿Qué?

—La alemana. Que está muy bien, ¿no?

—Pues sí. Como todas.

—¿Te importa quedarte solo mañana o pasado? Me ha invitado a una ruta en todoterreno por el interior. Visitar los lagos de Cobá, las ruinas mayas, hacer rápel. Todas esas cosas que cansan tanto... Pero me apetece bucear en un cenote desde que lo leí en una novela. Te diría que vinieras, pero, bueno, ya sabes, no creo que ella acabe de entender que esté a cargo de un chaval mientras le tiro los tejos. No sé si se cree del todo que no eres hijo mío.

—Por mí no hay problema —respondí, encogiéndome de hombros—. Aún me queda una parte del arrecife que explorar.

—Pero prométeme que tendrás cuidado, ¿eh?

—Más me parece que quien debe tener cuidado eres tú, Casanova.

Me volví hacia la ventana mientras la alemana llegaba, en efecto, con dos platos. Uno con hierba y frutita, para ella, y otro surtido de casi todo, para él. O mi tío empezaba a cuidar su dieta o iba a acabar como una bola, pensé, pero comprendí que no era momento de decirle nada.

—Oye, ¿y es necesario que andes siempre buceando

solo? —me preguntó mientras mojaba un langostino en salsa rosa—. ¿Es que no te gusta relacionarte? Así te vas a aburrir, chaval, porque como no conozcas a una sirena...

—No me aburro, tío. De verdad. Deberías probarlo alguna vez.

—Yo tengo toda la pesca que necesito aquí en tierra —dijo dirigiéndole su mejor sonrisa de tiburón a la alemana, y a continuación engulló el langostino—. ¿Qué miras con tanto interés, Javier?

—A esos chicos de la playa —señalé con el tenedor—. Los vi antes y me pica la curiosidad por saber qué están cavando en la arena. Se va a hacer de noche, pero ellos siguen dale que te pego. ¿Qué andarán buscando?

—Ni idea —dijo Gonzalo, dando un trago de cerveza Corona, que por lo visto es como de verdad se llama la Coronita que él siempre tomaba en España—. Pero esas camisetas verdes son del Centro Ecológico del que te hablé. He visto que hay alguna chica bonita entre ellos...

—Ya me he fijado.

—Te has fijado, genial. No eres un caso perdido —rió mi tío, y la alemana sonrió como si estuviera enterándose de lo que hablábamos—. Pero no sé si sabes que este hotel tiene un concierto con ese centro para la conservación de la naturaleza en Yucatán. Turismo ecológico, la última moda. Ya no basta con mirar marías careys bajo el agua, chaval: hay que arrimar el hombro. Y no sabes lo mejor.

—¿Lo mejor?

—Hay montones de chicas preocupadas por la ecología hoy en día. Y a todas les encantan los hombres que sufren por los pobres bichejos en peligro de extinción. No te olvides de este consejo: las mujeres tienen que comprender que debajo de nuestra dura apariencia masculina hay un corazón tierno y sensible. Eso les encanta, *nich ist war, meine lieben?*

No sé si pronunció bien el alemán, pero como la tal Inga o Karin tampoco se estaba enterando de los consejos, dio lo mismo. Sonrió y siguió comiendo lechuga. Por un momento, me pareció un canario a punto de caer en la jaula del lindo gatito.

Cuando terminamos de cenar (más bien, cuando Gonzalo terminó de cenar su quinto o sexto plato, es la cosa que tienen los bufés libres), ya había caído la noche y el cielo parecía todo pintado de estrellas. Me dio el palpito de que Gonzalo y la *fräulein* iban a ponerse tiernos de un momento a otro, y como tampoco he venido al mundo para hacer de carabina de dos adultos, dije que me iba a dar un paseo por la playa, porque tampoco me apetecía meterme en la habitación a hacer *zapping*.

La playa estaba completamente oscura, algo que me había parecido ya raro desde que llegamos. Quizá tuviera algo que ver con el Centro Ecológico del que me hablaba mi tío, que estaba a un par de kilómetros del hotel. En cualquier caso, se podían ver perfectamente las estrellas, un espectáculo que la gente de ciudad ya ha olvidado y que en tiempos, como nos comentaba don Ignacio, el profe de física aficionado a la astronomía, había sido un indicador de caminos en

la noche. Allí estaba aquella inmensa bóveda de color azul oscuro, salpicada de miles y miles de puntos de pintura plateada.

Caminé por la arena, extasiado, reconociendo alguna que otra estrella y saludándola como si fuera una amiga que me hubiera acompañado desde España. Me pregunté si mis padres, allá en el mar Egeo, estarían contemplando las mismas estrellas, o si seguirían peleándose por el mando a distancia.

Algo se movió en la oscuridad, a mi derecha, entre los mangles.

—Eh, amigo —dijo una voz masculina, entre susurros, como si temiera despertar a alguien—. ¿Quiere ver algo asombroso?

No pude verle la cara. Solo era una silueta que se recortaba contra el fondo lejano de las luces del hotel.

—¿Habla conmigo?

—Pues claro, mano, ¿con quién si no? Venga conmigo, que no se arrepentirá.

Soy buen corredor. Estaba seguro de que podría dejar atrás a aquel tipo si las cosas se ponían feas. Pero desoyendo cualquier llamada al sentido común, avancé entre los manglares para ver de qué se trataba.

Capítulo dos

Seguí a aquella sombra entre los mangles, y en seguida nos dirigimos hacia la zona más oscura de la playa. Cuando dejamos los árboles y la maleza, asomó la luna, que en Yucatán se ve muy diferente a España. Ahora era apenas un cuerno con las astas apuntando hacia arriba. Por poca luz que la luna ofreciera, al reflejarse en las aguas provocaba un curioso efecto lechoso, como si de pronto en una habitación a oscuras alguien hubiera abierto una rendija en una persiana.

Con esa poquita luz, y en el silencio casi absoluto de la noche, distinguí en la espalda de la persona que seguía un dibujo que creí reconocer: una tortuga y unas palmeras, el logotipo de las camisetas de la gente que había visto en la playa. Entonces se volvió, y entre las sombras distinguí algo mejor su silueta. Era un muchacho algo mayor que yo que de pronto me hizo señas, entusiasmado por algo que yo no comprendía.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué quieres? —le pregunté, algo mosca.

De pronto me dio la impresión de que no, no iba a

ganarle corriendo si se trataba de un secuestro de esos que se ven cada dos por tres en las películas. Como turista puede que yo fuera objetivo de bandas mafiosas, pero mi tío, que me había advertido que no hiciera caso a esas leyendas urbanas, también me había contado que las bandas se informaban antes de a quién secuestraban y cuántos ceros tenían en sus cuentas corrientes.

—Tienes que ver esto —me dijo el muchacho, con una familiaridad que me chocó un tanto, como si fuéramos colegas que nos escapábamos de clase para fumarnos un pitillo.

—¿Ver qué?

—¡Ya están naciendo! ¡Apúrate!

Echamos a andar, algo más presurosamente, y en la oscuridad distinguí entonces otras formas. Había más gente en la playa. No había que ser un detective de película para comprender que era la misma gente que había estado cavando en la arena.

Nos acercamos casi de puntillas, sin hablar nada más. Todo el mundo guardaba silencio, como si estuvieran a punto de hacer despegar un cohete o faltaran segundos para que dieran las campanadas de fin de año. Miraban la arena.

Yo miré también y entonces me di cuenta de que habían clavado unos palos, y de que de un palo a otro habían tensado hilos muy finos, creando secciones cuadradas que parcelaban la playa. Cada sección tenía un cartelito con un número.

—¡En la cuatro! —susurró alguien.

Dentro de aquella parcela, la arena empezó a agitarse y a borbotear, como si hirviera por dentro.

Pero no era un volcán en miniatura, aunque esa idea se me pasó por la cabeza unos segundos (había visto hacer un castillo de arena que escupía fuego en una playa de Valencia). La arena terminó por desmoronarse, y del agujero resultante salió una cosa oscura y diminuta.

«¿Un escarabajo?», pensé. Pero no había visto nunca un escarabajo tan grande, ni siquiera en las películas de terror.

El bicho, ni corto ni perezoso, echó a correr hacia la orilla.

Otra montañita de arena, otro bicho que salió unos instantes más tarde. Y luego otro. Y otros dos más.

De repente no solo la parcela número cuatro, sino casi todas ellas, reventaron y fueron revelando bichos nerviosos que sin pararse a mirar dónde estaban corrían, como atraídos por un canto inaudible para los oídos humanos, hacia la orilla.

—¡Son tortuguitas! —exclamé, entusiasmado.

Decenas de tortugas corrían hacia la mancha blanca de las olas, como muñequitos de cuerda acelerados.

—Es una suerte que hayan nacido de noche —comentó una voz femenina a mi lado, pero no me volví a mirar—. De día, las gaviotas se las comen antes de que lleguen al agua.

Comprendí que aquel puñado de sombras estaban trabajando esa noche como comadronas de las tortugas recién nacidas. Como vaqueros de una película del oeste, siempre cuidando de que el ganado no se les despeñara o saliera de estampida, aquel puñado de desconocidos seguía atentamente los movimientos

contra reloj de las tortuguitas, asegurándose de que llegaran a su objetivo.

Una de ellas, aturdida todavía, se desvió de la ruta y empezó a huir en diagonal, hacia la arena aún tibia. No iba a llegar nunca a su objetivo. Lo que quería decir, no había que ser muy listo para darse cuenta, que moriría tarde o temprano, cuando llegara el día, el calor, los turistas o las gaviotas.

Pero para eso estaba allí su hada madrina. Una sombra echó a correr, alcanzó a la veloz tortuga (para que luego nos cuenten que son las liebres las rápidas), y se detuvo a su lado. Se inclinó, la sujetó con cuidado por el caparazón y, como hacen los niños cuando el coche con el que juegan choca contra un objeto, le dio la vuelta y la enfocó hacia la orilla.

La pequeña tortuga, claro, ni se detuvo a dar las gracias, entre otras cosas porque nunca llegó a saber que le habían salvado la vida.

—Siempre hay alguna que se desvía —dijo la sombra salvadora de tortugas, y entonces la reconoció.

Era aquella chica guapa que yo había visto antes en la playa, la de los ojos negrísimo y el tipo de aúpa. Me quedé, como siempre, sin saber qué decir. Menos mal que estaba en México, me reprendí: si encima me hubieran hablado en francés o en inglés, mi vida social sería aún más penosa de lo que ya era.

—Es... genial —atiné a decir.

Ella me sostuvo la mirada, pero tampoco parecía tener mucho más que decir, entre otras cosas porque de la arena seguían saliendo tortugas y más tortugas. Otra se despistó, y esta vez fui yo quien, con muchísimo